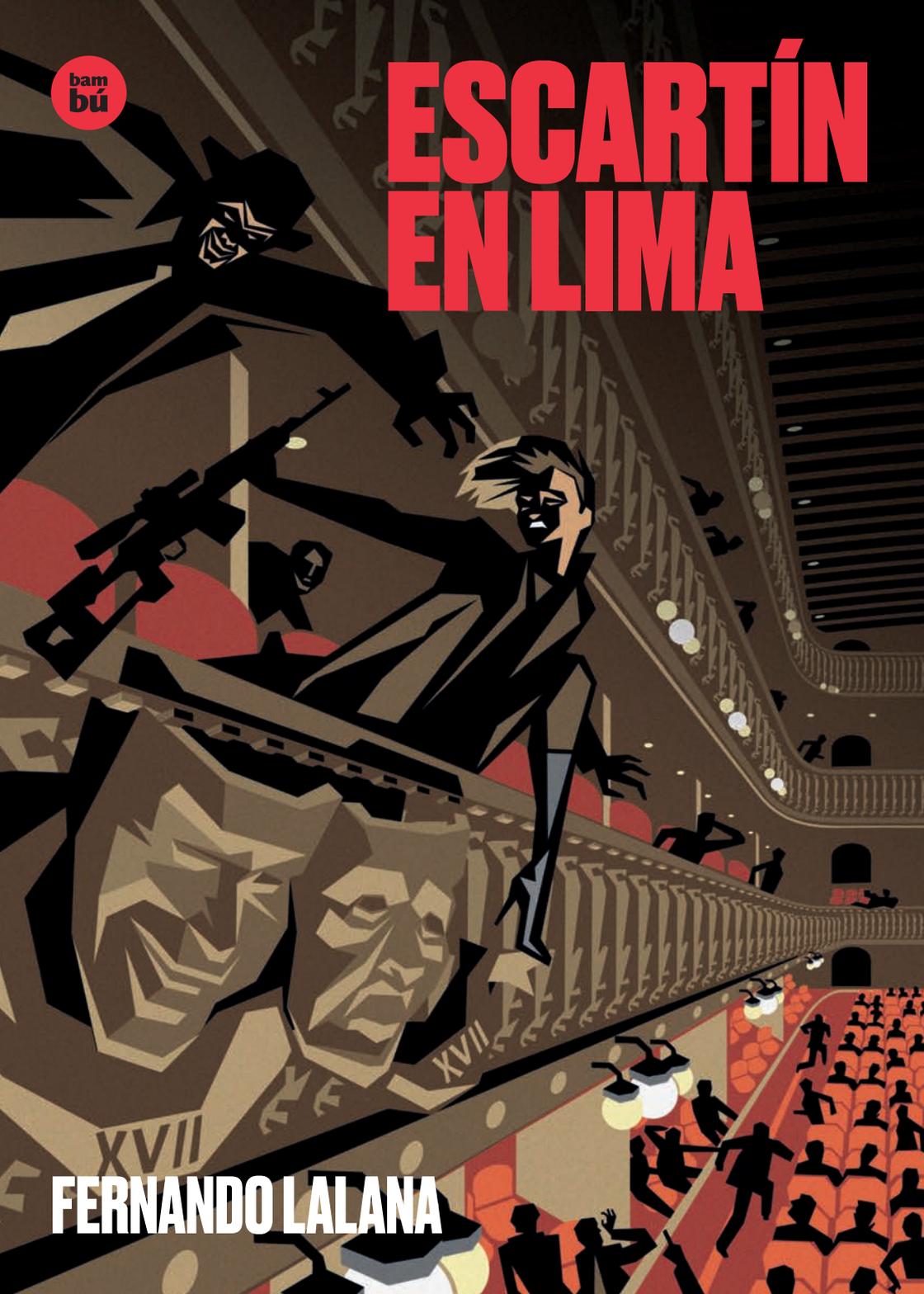




ESCAJÓN EN LIMA



FERNANDO LALANA

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2018, Fernando Lalana, por el texto
© 2018, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Francesc Punsola

Primera edición: febrero de 2018
ISBN: 978-84-8343-550-2
Depósito legal: B-30033-2017
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

JUEVES, 16

El hotel Imperial Tarraco había conocido tiempos mejores. Bien es cierto que a estas alturas del siglo XXI, casi todo y casi todos habíamos conocido tiempos mejores, pero eso no debería ser una disculpa en el caso de un hotel de gran lujo. Yo lo recordaba entre vapores de niebla, como se recuerda una noche de juerga y borrachera. Había sido tiempo atrás un fastuoso cinco estrellas, cuajado de salones de dimensiones versallescas; pero el tiempo, ya se sabe, sin un adecuado mantenimiento, ni olvida ni perdona.

Aquella tarde de mediados de junio (aquel junio especialmente frío y desapacible, ustedes lo recordarán), perdida una de sus estrellas y apagado el brillo de las restantes, el edificio de once alturas presentaba un aspecto un tanto... descuidado. Eso, por decirlo con amabilidad.

Un vistazo al vestíbulo me trasladó de golpe a los años setenta del siglo pasado: nada en la decoración procedía de una época posterior. Un vistazo al recepcionista me produ-

jo una inmediata sensación de incomodidad zoológica. El tipo tenía cara de pájaro, con los ojos muy separados y una nariz que recordaba al pico de una rapaz. En la solapa del chaleco lucía un rotulito que rezaba «A. Burrull».

–Buenas tardes –dije con mi voz más seductora–. No tengo reserva, pero necesito una habitación.

El hombre-aguilucho me miró con uno de sus ojos, el derecho. Del campo de visión del izquierdo yo quedaba fuera sin ninguna duda.

–Muy bien, señor. ¿Cuántas noches?

–No lo sé. Una, de momento, pero quizá sean más.

–Vaaamos a veeer –suspiró A. Burrull mientras comenzaba a teclear en el ordenador que tenía a su alcance–. ¡Ajá! No hay problema. Tenemos habitaciones libres. ¿Me permite su carné de identidad?

Estuve a punto de argüir que lo había perdido. Pero decidí tentar a la suerte. Lo saqué de la cartera. Presentaba un estado deplorable y el recepcionista lo cogió con dos dedos y notable aprensión.

–Gracias, señor... señor... ¡ejem! ¿Escortén, pone aquí? Está borroso y no se lee bien.

–Escortén, no. Escartín. Es-car-tín.

Él estudió el rectángulo de cartulina plastificada por ambas caras con atención filatélica y volvió a mirarme.

–Está caducado.

Exhibí mi mejor cara de desolación.

–¡No me diga! ¿En serio? Vaya... El caso es que, ahora que lo menciona... sí, recuerdo haberlo visto, pero llevo algunos días fuera de casa y no he tenido tiempo...

–Caducado hace tres años.

Alcé las cejas.

–¿Tanto?

–No sé si puedo admitir este documento como prueba de su identidad.

–Inténtelo, hombre.

Se acarició la barbilla.

–Siuviésemos ya una ficha con sus datos en nuestro ordenador, sería diferente, claro. ¿Recuerda si se ha alojado ya anteriormente en este hotel?

Se me iluminó la mirada.

–Sí, sí. Seguro que sí. Aunque hace ya algún tiempo de eso. Creo que fue en mi viaje de bodas. No estoy seguro de si ya existían los ordenadores.

–En ese caso, déjeme un segundo, a ver si hay suerte... –el hombre-pájaro se zambulló de nuevo en la pantalla– Escartín, Escartín... ¡Bien! Aquí lo tengo. Fernando Escartín, ¿verdad?

–No, Fernando, no –suspiré–. Ese es el famoso ciclista. Yo me llamo Fermín. Fermín Escartín.

Burrull volvió a mirarme, ahora con los ojos abiertos de par en par.

–Será una broma...

–Sí: una broma de mi padre, que era más gracioso...

El tipo frunció el ceño.

–Ah, no, no me refiero a la ridícula rima entre su nombre y su apellido. Quería decir... ¿De veras es usted Fermín Escartín? ¿El famoso detective privado?

En ese momento, comprendí lo que un actor de cine o una cantante de moda sienten cuando los fans los reconocen por la calle. A mí es algo que no me suele ocurrir, así

que me aturullé bastante, traté de sonreír y ladeé la cabeza mientras me ponía hueco como un coco sin poder evitarlo.

–Pues..., lo cierto es que sí. En efecto, soy Fermín Escartín, detective privado. ¿Ha oído hablar de mí?

–¡Por supuesto! ¡Es un verdadero placer conocerlo, amigo mío! –exclamó el recepcionista Burrull estrechándome efusivamente la mano entre las suyas–. Y todo un honor para nuestro establecimiento tenerlo entre nuestros clientes.

–Bueno... Gracias.

–Déjeme decirle que... me encantan sus novelas. ¡Las he leído todas, se lo aseguro!

Intentó sonreír. Por desgracia, los pájaros no sonríen y solo consiguió componer una mueca patética mientras yo parpadeaba, desconcertado.

–¿Novelas? Pero... No, mire, yo no escribo novelas. Como usted dice, soy detective privado. Detective, no escritor. Simplemente, resuelvo misterios.

El hombre lanzó una carcajada corta y seca.

–Sí, hombre, ya lo sé. Me refiero a las novelas en las que usted aparece como personaje. Las que escribe el señor Lallana: *La tuneladora*, *El asunto Galindo*, *El último muerto*... Aunque mi preferida es *Ámsterdam solitaire*. Ya sabe: la del robo de la pluma estilográfica más cara del mundo.

Me quedé de piedra pómez.

Por un momento, había pensado que el rapaz recepcionista estaba mal de la cabeza, pero su última frase, tan precisa, tan concreta, tan segura, me trajo a la memoria un recuerdo antiguo. Un recuerdo de mis primeros años como detective cuando, en efecto, conseguí recuperar una

estilográfica carísima, misteriosamente desaparecida de la tienda de objetos de escritura de José María Martínez, situada en el casco viejo de Zaragoza, muy cerca de mi domicilio.

No podía tratarse de una mera coincidencia.

El hombre seguía mirándome, al parecer encantado de conocerme.

Logré disimular mi perplejidad, asentí con la cabeza y abrí los brazos en un gesto ambiguo.

–En fin... esto... pues sí, ese soy yo. Ya ve qué cosas.

–Voy a rellenar su ficha de inmediato, señor Escartín.

¿Sigue viviendo en Zaragoza?

–Eeh... sí.

–Calle de los Estébanes, número nueve, duplicado, ¿verdad?

–¿Cómo lo sabe?

–Por las novelas, naturalmente. Es un domicilio famoso. Quizá no tanto como el 221B de Baker Street, pero por ahí le anda. Tenga, firme ahí y ahí, donde pone «el viajero».

Aún algo aturdido, y mientras estampaba mi rúbrica en la cartulina, recordé que lo mejor del Imperial Tarraco era su ubicación, al final de la rambla Vella, prácticamente suspendido sobre el Mediterráneo y con buena parte de la ciudad romana a sus pies. Todo un lujo panorámico que compensaba con creces su falta de mantenimiento.

–Oiga, Burrull... aprovechándome de su rendida admiración por mi persona..., ¿cree que podría darme una habitación con vistas?

Él apoyó ambas manos en el mostrador y se inclinó hacia mí.

–Señor Escartín, sepa usted que en este hotel todas las habitaciones son «con vistas».

–No me diga...

–Así es: unas con vistas al mar y otras con vistas al aparcamiento trasero. ¿Qué prefiere?

–Hombre, puestos a elegir... con vistas al aparcamiento trasero, por supuesto.

–Huuuy... pues de esas no nos quedan –dijo, tras chasquear la lengua, y mientras me guiñaba un ojo–. Son las que todo el mundo quiere, así que la suya tendrá que ser con vistas al mar, ya lo siento. Pero, para compensarlo por las molestias, le haremos una rebajita en el precio.

–Está bien. Acepto.

–La quinientos dieciséis –me indicó, entregándome una tarjetita magnética de color burdeos–. El ascensor está ahí, a la vuelta. Bienvenido.

–Gracias, majo.

Pero, antes de llegar a la esquina, el recepcionista volvió a llamar mi atención.

–Espere un momento, por favor.

Entró en la oficina de administración y, a través del hueco de la puerta, lo vi rebuscando en una estantería llena de viejos archivadores hasta dar con un libro algo polvoriento, de sobrecubierta negra, con el título en grandes letras azules. Le pasó un paño y se acercó de nuevo a mí, con él en la mano.

–Nos lo regaló el señor Lalana hace unos años. ¿Sería tan amable de poner en él una dedicatoria?

El último muerto, se titulaba la novela. Lo cierto es que me pareció un título algo pretencioso. Bien editado, carto-

né, sobrecubierta... Por supuesto, no me sonaba de nada. Como autor, en letras blancas, figuraba un tal Fernando Lalana. Al abrirlo, comprobé que estaba dedicado en una de sus primeras páginas, con letra picuda realizada con estilográfica de punto grueso.

«A los muy amables empleados del hotel Imperial Tarraco, con mi aprecio y agradecimiento». Tras ello, la firma y una fecha de 2012.

No se puede ser más vulgar, pensé.

Burrull pasó la hoja y me tendió un bolígrafo.

–Escriba: «Para el personal del hotel Imperial Tarraco, con un abrazo afectuoso y detectivesco». Luego, firme.

–¿No puedo poner lo que yo quiera?

–Ni hablar. ¿Se ha creído que es usted el autor? A los escritores no se les puede dictar la dedicatoria porque se lo toman a mal; pero usted es un simple protagonista. Ponga lo que le he dicho y no intente mostrarse creativo, que no es lo suyo.

Así lo hice, palabra por palabra. El recepcionista me miró después, muy satisfecho.

Cuando iba a quitarme el libro, lo retuve entre mis manos.

–¿Podría prestármelo, para leerlo esta noche?

Al momento, sacudió la cabeza.

–De eso, nada. Se trata de un ejemplar único, dedicado por su autor y, ahora, por su personaje principal. No puedo asumir el riesgo de que desaparezca. Lo siento. Si quiere leerlo, le aconsejo que se lo compre.

–Está bien –gruñí, disgustado, entregándoselo–. ¿Dónde puedo encontrar uno?

–En una farmacia.

–¿Eh?

Burrull chasqueó la lengua y emitió un gruñido sarcástico.

–¿Dónde se compran los libros, hombre de Dios? ¡En una librería, naturalmente!

–Naturalmente. ¿Hay alguna por aquí cerca?

–En la rambla. Se llama librería de la Rambla.

–¡Qué original!

–Y casi enfrente, en la otra acera, está la librería Adserà.

–Muy bien. Veo que Tarragona es ciudad de librerías.

–Pues sí. De librerías y de pedruscos antiguos. No todas pueden decir lo mismo.

–Cierto.

Lancé sobre el empleado una mirada cómplice y me dirigí a los ascensores. Sin embargo, antes de que se abriese la puerta del elevador, regresé al mostrador de recepción.

–Disculpe, Burrull... Sobre el autor del libro, ese tal...

–Lalana.

–¿Cómo es que les dedicó ese ejemplar? ¿Es cliente habitual del hotel, acaso?

–Sí, señor, lo es. Suele alojarse con nosotros todos los años durante una semana, al menos. Viene a Tarragona para impartir charlas a alumnos de diversos colegios e institutos de la provincia; y siempre se hospeda en nuestro hotel. En febrero, generalmente; aunque, en ocasiones, nos visita también en otras fechas.

16 –Ya. ¿Y no tendrá hecha una reserva para dentro de poco, por casualidad?

Burrull tecleó un par de instrucciones.

–No, no la tiene, de momento. Creo recordar que reservaba siempre con muy poca antelación. Uno o dos días, a lo sumo.

–Es decir, que podría reservar hoy y presentarse mañana mismo.

–Así es. O no aparecer ya hasta el curso que viene. Las clases están a punto de terminar.

–Entiendo...

Permanecí inmóvil y pensativo unos segundos.

–¿Desea algo más, señor Escartín?

Estuve a punto de despedirme de Burrull con una negativa, pero permanecí frente al recepcionista, mirándolo con cara de detective.

–Lo cierto es que... sí. Verá, el hombre que se ha registrado justo antes de mí..., ¿podría decirme qué habitación ocupa?

El recepcionista miró con un ojo la pantalla y con el otro siguió mirándome a mí. Ahora, me recordó a un camaleón.

–¿Se refiere al señor Amador? La cuatrocientos dieciocho. También es un cliente habitual. Mucho más habitual que el señor Lalana. ¿Quiere que lo llame por teléfono?

–¡No! No, no se preocupe. Voy a subir a verlo en persona. Cuatro dieciocho, ¿verdad?

–Justo. ¿Tiene relación con algún caso en el que esté trabajando?

Me había hablado en tono bajo, buscando confidencialidad. Le respondí del mismo modo.

–Lo siento, amigo Burrull. No puedo comentar el tema con nadie. Ni siquiera con usted. Secreto profesional, ya me comprende.

–Claro, claro, le entiendo.

Ya le daba la espalda cuando él volvió a llamarme con un chistido. Con un gesto del dedo me atrajo hacia sí.

–Ande, deme la tarjetita de su habitación –me dijo, en tono cómplice–. Voy a cambiársela.

Hizo un par de operaciones en el ordenador, la pasó por un escáner y me la devolvió.

–Cambio de planes. Habitación cuatrocientos veinte. La contigua a la del señor Amador. En fin, espero que le parezca... bien.

Me guiñó un ojo y yo alcé el pulgar izquierdo.

Mira por dónde. Un inesperado aliado. A veces, la suerte se pone de tu parte.

El circo del sol

Subí a la habitación, solté mi bolsa de viaje sobre la cama y, de inmediato, salí a la terracita. La vista sobre el Mediterráneo resultaba espectacular. El sol había iniciado su descenso, anunciando los colores del crepúsculo; la presencia a mis pies de los restos del anfiteatro romano completaba un verdadero espectáculo visual. Vi pájaros negros volando bajo, tal vez anunciando desgracias. El mar lucía un terno entre azul y gris plata, ligeramente rizado, salpicado por las siluetas de, al menos, media docena de grandes barcos mercantes fondeados a no mucha distancia de la costa, como gigantescas cucarachas flotando panza arriba en un inmenso plato de sopa.

De pronto, en un vistazo imprevisto, descubrí a Amador allá abajo, ante la puerta del hotel, en la actitud del que espera un taxi que, en efecto, ya se acercaba a recogerlo. Por un lado, me resultó enojoso. Mi objetivo se marchaba del hotel nada más llegar y le iba a perder la pista tras haberlo seguido hasta allí desde Zaragoza. Pero, por otra parte..., era una oportunidad de oro para registrar su habitación sin miedo a ser descubierto. Tenía que aprovecharla.

Dicho y hecho: tomé la determinación de saltar de mi terraza a la suya, dado que eran contiguas, separadas tan solo por una mampara de cristal rugoso. No parecía difícil y solo tendría que verme suspendido en el vacío durante un instante. Lo malo es que se trataba de un vacío de lo más impresionante. Sumando las dos plantas inferiores de salones y comedores a los cuatro pisos de habitaciones, el suelo se veía lejísimos.

En realidad, tan mortal podía resultar una caída desde allí como desde la primera planta, pero la altura impresionaba y me atenazaba los músculos. Sobre todo, los glúteos.

Primero, me puse a horcajadas sobre la barandilla de mi terraza. Solo con eso, tuve la sensación de que el globo terráqueo se bamboleaba como un windsurfista torpe. Apreté los dientes y pasé la otra pierna por encima. Ya estaba asomado por completo al vacío, los pies apoyados en el final de la plataforma, las manos crispadas sobre la barandilla. Ahora, tenía que avanzar despacito un par de metros, hasta pasar a la terraza siguiente.

—¡Mira, abuelo! Un señor colgado de ese balcón —oí, de pronto, allá abajo.

Maldito niño. ¿Cómo me había visto?

–¡Eh, usted! ¿Qué hace ahí? –preguntó a voz en cuello un tipo con voz de abuelo–. ¿Está en apuros? ¿Quiere que llamemos a los bomberos?

No me sentía capaz de responder, ni siquiera de mirar hacia abajo, pero logré sacudir la cabeza en un gesto que intenté que resultase tranquilizador.

–¿Seguro? –insistió el hombre–. Mire, que no cuesta nada llamar al ciento doce y que vengan a rescatarlo...

–¡Que no! ¡Gracias! –grité, por fin, con voz de pingüino emperador.

Ya estaba ante la terraza de la habitación de Amador, así que decidí no darles más conversación. Pasé una pierna, luego la otra, y me dejé caer sobre el suelo, con la respiración agitadaísima.

Me mantuve allí un buen rato, tirado como un sapo, hasta que dejaron de temblarme las piernas y el corazón recuperó su compás. Desde luego, la edad no perdona. Estoy seguro de que, apenas treinta años atrás, habría realizado aquellas cabriolas sin despeinarme ni perder el aliento.

Tuve suerte y hallé solo entornada la puerta de la terraza, así que pude entrar en la habitación sin problemas. Me dispuse a realizar un registro minucioso de la habitación.

Lo primero que llamó mi atención fue el peculiar olor que impregnaba el ambiente. Como a perfume caro de señora, tipo Chanel n.º 5 o similar. Sí, es cierto, dispongo de una nariz privilegiada. Con ello, la pregunta surgió de inmediato: ¿por qué un tipo como Juan Amador, aparentemente serio y cabal, representante de artículos de ferretería, se perfumaría como una mujer? La respuesta no me gustaba.

Seguí avanzando sigilosamente, como un gato de Angora. Me acerqué a la cómoda y abrí el primer cajón para descubrir en su interior un sugerente conjunto de prendas interiores femeninas perfectamente dobladas.

Una campanita hizo tilín en algún recóndito pliegue de mi cerebro.

Yo había venido siguiendo a Amador por encargo de su esposa, que empezaba a desconfiar de sus continuos viajes a Tarragona. Vamos, que sospechaba que su marido tenía un lío sentimental mediterráneo y me había enviado para corroborarlo.

No me gustan este tipo de casos; a ningún buen detective le gustan. Después de buscar mascotas perdidas, las infidelidades matrimoniales son el escalón más bajo en que puede caer un investigador privado. Eso sí, este tipo de encargos ayudan a sobrevivir mientras esperas que alguien cerca de ti se decida a cometer un crimen como Dios manda. Mientras llegaba ese momento, aquí estaba yo, revolviendo cajones llenos de tangas y sujetadores. La pela es la pela, dicen los catalanes, que saben mucho de eso.

Decidí dejarme de lamentaciones y seguir con el registro. Al abrir el armario, me encontré con todo un repertorio de ropa igualmente femenina. Un par de faldas, tres blusas y dos vestidos cortos. Dos pares de zapatos de tacón. Ni una corbata, ni un par de pantalones, ni unos calzoncillos... nada que pudiera pertenecer a un hombre. A un hombre normal, quiero decir.

No me cuadraba. Amador acababa de llegar al hotel y lo había hecho solo y, puesto que su maleta estaba vacía,

estaba claro que esa ropa de mujer conformaba su único equipaje.

–¡Qué raro...! –murmuré, empezando a valorar que quizá Juan Amador ocultaba un secreto bastante más retorcido que las sospechas de infidelidad de su señora.

De repente, comenzó a sonar un teléfono móvil sobre la mesilla de noche. Y, de inmediato, oí un chapoteo clarísimo, procedente del cuarto de baño. Al momento, se me encabritó el corazón. ¡Por Dios! ¡No estaba solo! ¡Había alguien más allí!

A punto de entrar en pánico, logré tomar la decisión acertada en menos de cinco segundos. Tras valorar como imposible escapar a tiempo por donde había entrado, decidí arrojarme debajo de la cama.

Un instante después, con la visión a ras de suelo, descubrí un par de húmedos pies de mujer saliendo del baño. La dueña de esos pies se dirigió a responder la llamada telefónica.

–¡Hola, cariño! –fue su primera frase, pronunciada en un tono de lo más zalamero–. Sí, ya he llegado al hotel. Hace cosa de media hora. Estaba tomando un baño, por eso he tardado en responder. ¿Dónde estás? ¿Ah, sí? ¡Pues claro que puedes subir, chatín! Habitación cuatrocientos veintidós. Cuatro, dos, dos. Te espero...

Sentí que los pulmones se me vaciaban de golpe.

¿Cuatrocientos veintidós? ¿Cómo que la cuatrocientos veintidós?

La realidad se me hizo evidente al momento.

22 ¡Maldita sea! ¡Me había confundido de habitación! Desde la mía, tenía que haber saltado al balcón de la derecha, no al de la izquierda. Vaya patinazo, Fermín.

Vi cómo los dos pies femeninos se dirigían de nuevo al cuarto de baño y ahí entreví mi posibilidad de huida. El riesgo de ser descubierto resultaba alto y eso me hizo dudar.

Dudé y dudé hasta que, de pronto, a un palmo de mi nariz, paseando sobre el parqué como Pedro por su casa, descubrí una araña de aspecto decididamente feroz. Seguro que no era el monstruo que yo creí ver, pero, en aquellas circunstancias, situado el bicho a mi distancia mínima de enfoque, me pareció la protagonista de la película *Aracnofobia*.

No sé cómo logré contener un grito que me habría delatado sin remisión. De inmediato, rodé fuera de la cama con la agilidad de un joven leopardo y salí a la terraza. Sin pararme a pensarlo, salté la barandilla como un torero asustado saltaría el burladero, y me descolgué de nuevo por el exterior.

–¡Mira, abuelo! ¡Otra vez el señor de antes!

Ahora sí giré la cabeza para mirar hacia la calle por debajo de mi axila hasta descubrir al niño chivato. Incluso solté una mano, para señalarlo con dedo acusador, pese al riesgo.

–¡Cierra la boca, ignorante! –lo amenacé–. No soy un señor cualquiera. ¡Soy Spiderman!

El niño frunció el ceño.

–No es verdad. Spiderman lleva un traje azul y rojo.

–Es que... he tenido que llevarlo al tinte. Por eso voy de paisano. ¡Y ya basta! ¡Impertinente!

Con un esfuerzo sobrehumano, avancé un par de zancadas y salté de nuevo al interior de mi terraza. Al hacerlo, trastabillé, caí hacia delante y acabé golpeándome la cabeza contra el cristal de la puerta corredera. De puro milagro no se rompieron ambas: mi cabeza y la ventana.

Cuando me tumbé sobre la cama, estaba a punto de vomitar. Tardé un cuarto de hora largo en serenarme y recuperar el ánimo suficiente como para levantarme y acudir al lavabo para echarme agua en la cara. La imagen que me devolvió el espejo no podía resultar más deprimente.

Había estado a punto de fastidiarla a base de bien. Incluso, podía haber muerto por precipitación al vacío. O por la mortal picadura de una araña de hotel. O por el golpe en la cabeza contra la puerta de cristal. Y, encima, no había avanzado lo más mínimo en mi investigación.

Tenía que encontrar el modo de entrar en la habitación de Juan Amador sin jugarme de nuevo la vida como un artista del Circo del Sol.

Golpes de mar

Estaba barajando la posibilidad de sobornar al recepcionista Burrull para que me proporcionase una copia de la llave, cuando descubrí, junto a la del cuarto de baño, otra puerta en la que aún no había reparado y que, sin duda, comunicaba mi habitación con la cuatrocientos dieciocho, como un modo de convertir ambas piezas en un pequeño apartamento para cuatro personas.

Esas puertas suelen tener un cerrojo por cada lado, pero me bastó descorrer el que tenía a mi alcance para que se abriera sin problemas. El cerrojo del cuarto contiguo estaba fuera de uso, como tantas cosas en aquel establecimiento.

La suerte ahora parecía sonreírme y, con tan sencillo gesto, pude entrar por fin en el cuarto de Juan Amador, mi objetivo.

Mi primer vistazo se lo llevó la cama, que estaba deshecha. Era algo muy raro. Calculé que Amador apenas había permanecido quince minutos en la habitación, desde su llegada hasta que lo vi marcharse en un taxi. ¿Por qué se habría metido en la cama para tan corto tiempo?

Decidí examinar su maleta, colocada sobre el habitual banquito plegable. Contenía cinco calzoncillos, cinco pares de calcetines y un par de camisetas de tirantes, marca Ocean. Hasta ahí, normal. Dentro de una de las bolsas de la lavandería del hotel, hallé varias camisas arrugadas. Arrugadas y, sin embargo, limpias, cosa que corroboré con mi fino olfato. No habían sido usadas y aún conservaban incluso el aroma del suavizante.

¿Por qué meter en una bolsa de lavandería varias camisas limpias, haciendo con ellas un barullo? Las examiné una por una en busca de manchas sospechosas que su dueño quizá quisiera eliminar. No hallé ninguna.

En el armario de la habitación colgaba una camisa más, solo una, junto con un pantalón, solo uno. De nuevo, me pareció extraño. Y en el primer cajón, un pijama de cuadros, perfectamente plegado. Tomé nota mental de todo ello.

En el cuarto de baño, una de las toallas colgaba de la percha de pared, como si Amador la hubiese utilizado ya para secarse el cuerpo. Sin embargo, estaba completamente seca y no había señales de que nadie hubiese usado recientemente la bañera o la ducha, ni agua en el suelo ni gotas en la mampara...

Había un pequeño neceser sobre la repisa del lavabo, con los habituales artículos de aseo, y un cepillo de dientes dentro de uno de los vasos.

Al salir de nuevo al dormitorio, descubrí sobre la mesilla de noche un libro de relatos: *Golpes de mar*, de Antón Castro. Al menos, Amador parecía tener buen gusto literario.

Y nada más.

Revisé hasta el último rincón de la habitación sin hallar más prendas ni objetos personales. Nada en absoluto.

Regresé a mi cuarto y eché el cerrojo de la puerta común. Luego, saqué una de mis libretas de papel cuadriculado y, con el lapicero gentileza del hotel, anoté cuanto había visto, junto con mis primeras impresiones que, básicamente, eran de extrañeza y desconcierto. Preguntas todavía sin respuesta.

Salí después a la terraza. El sol buscaba ya el refugio del horizonte; el crepúsculo empezaba a adueñarse de la ciudad, pero aún quedaba un largo tiempo de luz hasta la completa derrota del día.

Dado que nada más podía hacer mientras Amador no regresase al hotel, opté por poner en marcha mis propios planes.

Barato, barato

Bajé a la calle y caminé hasta lo que los ciudadanos de Tarragona llaman el Balcón del Mediterráneo, un largo mirador situado sobre el acantilado que sustenta la confluencia de las dos ramblas, la Vella y la Nova. Desde allí podía

contemplarse básicamente la misma vista que disfrutaba en mi habitación, pero con una perspectiva diferente, más baja, aunque todavía a unos cien metros sobre el nivel del mar. Tras permanecer embelesado por el atardecer durante un par de minutos, caminé hacia mi derecha, hasta verme a los pies del monumento a Roger de Lauria, que me pareció majestuoso.

Me llamó la atención que alguien había arrancado algunas de las letras de latón del pedestal, para corregir con espray negro el apellido del almirante italiano de la flota aragonesa por el de Llúria, su versión catalana.

Después, comencé a descender el amplísimo paseo central de la rambla Nova, flanqueado de jóvenes acacias. Más allá de las calzadas laterales, lanzaban sobre los viandantes sus multicolores cantos de sirena un sinfín de tiendas de ropa de marca, cafeterías franquiciadas, sucursales bancarias, oficinas de la Administración y hasta, ¡oh, sorpresa!, dos teatros, casi enfrentados: el de Tarragona y el Metropol.

Tuve que descender un buen trecho hasta dar con las dos librerías que Burrull me había indicado. Me decidí por la Llibreria Adserà, quizá por su nombre, tan peculiar.

Apenas crucé el umbral de la tienda, sonó una campanita y se me acercó una mujer de mediana edad preguntando qué se me ofrecía.

–Voy buscando un libro de Fernando Lalana –dije–. *El último muerto*, se titula.

Me miró con cierta sorpresa. Como si, en lugar de eso, esperase que le pidiera las obras completas de Joan Maragall.

–Voy a ver si lo tenemos... ¿Lalana, dice usted?

–Lalana, sí. Como lo que llevan los corderos por encima.

–Sí, sí... el caso es que me suena mucho.

La librería tecleó unas instrucciones en el ordenador y sonrió de inmediato.

–Sí, ya sé quién es. Escribe literatura juvenil y algunos de sus libros se recomiendan en colegios e institutos. *El último muerto* no lo tengo. Disponíamos de varios ejemplares pero los hemos vendido en los últimos días. Si quiere encargarlo, se lo podemos traer en breve. Quizá mañana mismo.

–No, gracias. Solo estoy de paso en la ciudad.

–Es posible que lo encuentre en otra librería. Pruebe en La Capona. Está muy cerca de aquí, a dos calles.

Me señaló la dirección con un gesto del pulgar.

–He visto que, justo enfrente, hay otra librería.

–Mejor en La Capona.

Pese a la recomendación, al salir me dirigí a la Librería de la Rambla, donde me atendió un muchacho joven con el que mantuve una conversación muy parecida a la anterior.

–¿Agotado?

–Agotado, sí. Lo siento. Esos libros no son novedad. Pedimos ejemplares cuando algún profesor los recomienda a sus alumnos; y los que sobran, se devuelven.

–Entiendo.

–¿Por qué no pregunta en La Capona? Tienen una buena sección de literatura juvenil.

Siguiendo las instrucciones de sus colegas, caminé hasta la librería La Capona, en la calle del gasómetro. Esperaba encontrar una gallina como símbolo de la tienda, quizá porque entre mis recuerdos televisivos figura en lugar

destacado la gallina Caponata, protagonista de cierto recordado programa infantil. Pero no. La Capona, al parecer, era una campana.

De nuevo me atendió una mujer. Mayor que la otra. Con cierto aire de bibliotecaria de la Diputación Provincial.

–*El último muerto* no lo tengo, lo hemos agotado, pero sí disponemos de otros títulos del mismo autor.

–En realidad, me interesa cualquiera de las novelas protagonizadas por el detective Fermín Escartín.

–Ah, sí, sí... Escartín. Espere un momento

No salía de mi asombro. Aquella mujer conocía la existencia de libros protagonizados por mí mismo. O, al menos, por un personaje de ficción que se llamaba exactamente como yo. Y que se dedicaba a lo mismo que yo. Y que, al parecer, vivía en mi propia casa de Zaragoza. Todo eso me resultaba inaudito. Inquietante. Y, en cierto modo, aterrador.

La librería se dirigió a la sección de literatura juvenil y regresó en apenas un minuto.

–Tengo *El asunto Galindo*. Si le interesa...

Me enseñó un libro similar al que yo había firmado en el hotel: tapa dura y sobrecubierta de fondo negro con el título en letras muy grandes. En este caso no eran de color azul, sino anaranjado.

–Me lo quedo.

–¿Se lo envuelvo para regalo?

–Ni para regalo ni para nada. Me lo llevo puesto. ¿Cuánto vale?

–Once con noventa.

–¿En serio? ¡Qué barato!

Me temblaban las manos cuando abandoné La Capona con mi novela bajo el brazo. De inmediato, localicé un banco junto a una farola e, impaciente, comencé a devorarla con avidez. La novela, no la farola.

Tan solo diez páginas después, mi asombro inicial había subido hasta el grado máximo de la perplejidad.

Aquel libro narraba, con una precisión inexplicable para mí, las vicisitudes de mi debut como detective privado y los entresijos de mi primer caso, incluyendo detalles que yo ya tenía olvidados y que ahora, al leer aquellos párrafos, regresaban a mi memoria con plena fidelidad. El día en que recibí mi diploma de investigador privado, la noticia de la desaparición del empresario Serafín Galindo, el encargo de encontrarlo a toda costa hecho por mi antiguo compañero de bachiller Gumersindo Llamazares, mis andanzas en el balneario Carriedo, de Alhama de Aragón... todo parecía estar allí, en aquellas páginas, narrado, plasmado, descrito. Por momentos, me faltaba la respiración. Estaba leyendo mi vida en letra de imprenta. Por un momento, sentí la desazón de quien, inesperadamente, se tropieza en un periódico con su propia esquila mortuoria.

Cómo podía darse semejante coincidencia era algo que escapaba a mi capacidad de imaginar, que nunca ha sido especialmente brillante.

Después de veinte minutos de lectura a la intemperie, me sentía incómodo, azotado por un molesto viento de Levante. No quise, sin embargo, esperar a llegar al hotel para continuarla, así que me refugié en una cafetería de la misma rambla y de nombre peculiar, Quart d'Hora, pedí un cortado y volví a zambullirme en el relato de mi propia

historia. Avanzaba rápido porque conocía de antemano el argumento de la novela, pese a que el autor, quizá para mejorar la intriga, le presentaba al lector los acontecimientos en un estudiado desorden cronológico. Todo cuanto leía me resultaba conocido. Más aún: todo me resultaba propio, parte de mi vida. Era como estar leyendo un capítulo de mi biografía sin haber dado permiso a nadie para que la escribiese. Como para volverse loco.

Había, sin embargo, un detalle que se me antojó chiriante. Durante los acontecimientos que narraba la novela, yo tenía veintinueve años y la acción se situaba a finales de la década de los ochenta. Sin embargo, la portadilla del libro declaraba 2008 como año de la primera edición. Prácticamente, veinte años después de los acontecimientos que describía en sus páginas.

La duda surgía de inmediato: si el escritor conocía aquellos hechos desde que sucedieron, ¿por qué tardó dos décadas en escribir el libro? Y, si no los conocía..., ¿cómo es que llegaron a su conocimiento con tanta fidelidad cuatro lustros más tarde? ¿Alguien se los contó? De ser así, tendría que tratarse de alguna de las personas que vivieron conmigo aquellos acontecimientos. ¿Tal vez Gumer-sindo Llamazares? Le pega haber intentado hacer negocio incluso con sus propios recuerdos. ¿Quizá Damián Souto?

Precisamente, en el siguiente capítulo hizo su aparición en la historia el comisario Souto, y con ello sentí de inmediato cómo la emoción me anudaba la garganta. Damián había fallecido el año anterior y, con él, pasaron a mejor vida algunos de mis más entrañables recuerdos de adolescencia y juventud. Un tipo inolvidable.

Y, varias páginas más adelante, irrumpió en la historia Elisa Lobo, a quien, en efecto, conocí en el transcurso de aquel primer caso de mi carrera, aunque sería mucho más tarde cuando la vida nos volvería a unir, de forma mucho más intensa, durante un tiempo muy feliz pero ya concluso. Y eso es algo que aún no he logrado asimilar plenamente.

Por fin, tras un largo rato de atropellada lectura, hice una pausa. Me sentía exhausto. Tenía la boca seca y pedí a la camarera un botellín de agua mineral, que despaché de un solo trago.

Contemplando la portada del libro, el título, el nombre del autor... la pregunta fundamental venía a mi mente una y otra vez, de modo inevitable: ¿cómo era posible que aquel escritor, al que yo ni siquiera conocía, supiese tanto de mí?

Mi cabeza parecía a punto de estallar. Me quité las gafas para frotarme la cara con las manos, insistiendo en los ojos, que me escocían por el esfuerzo de leer con poca luz. Me sentía confuso. Confuso y solo, como un niño perdido. Había venido hasta Tarragona empujado por una investigación anodina, un caso sin importancia, uno de tantos; y aquí me había tropezado con lo que parecía ser el misterio más inexplicable de mi vida. Un misterio que afectaba de lleno a mi propia existencia.

No pude evitar pensar en esas películas de ciencia ficción en las que una persona, de pronto, descubre que en realidad es un *cyborg*, un androide de aspecto humano, y que toda su existencia es, en realidad, un cúmulo de falsos recuerdos implantados en su mente cibernética. En ese

momento, lo consideraré preferible a descubrir que toda tu vida no es sino palabras sobre un papel.

Pero... ¿y si esto fuera así en todos los casos? ¿Y si la vida no fuera sino una gran novela, y todos nosotros, la humanidad entera, simples personajes de una trama complicadísima y absurda, ideada por un escritor mediocre? En realidad, ¿por qué sabemos que existieron Napoleón Bonaparte o Julio César? Porque alguien escribió sus vidas en un libro. Quizá todos existimos solo porque alguien ha escrito un libro contando nuestra vida, pero tan solo unos pocos llegamos a descubrirlo y tenemos la ocasión de leer ese relato, esa existencia inventada, literaria, como hice yo esa tarde en Tarragona.

¿Acaso las mujeres y los hombres no podríamos ser sino simple literatura, tinta de imprenta sobre pliegos de papel?

Un libro largo y aburrido para el hombre que muere de viejo tras una vida insulsa. Apenas un renglón para el bebé que muere de hambre en Etiopía o el niño despedazado por las bombas en la guerra de Siria.

Será por eso que algunos escritores se creen dioses.

Trombón de varas

Había dejado el libro abierto bocabajo, sobre la mesa de aquel café. Me coloqué de nuevo las gafas, dispuesto a continuar leyendo. Antes de hacerlo, lancé un largo vistazo al exterior, a través de la cristalera de la cafetería. Necesitaba mirar lejos, tras tanto rato enfocando a la distancia de lectura.

Y, entonces, lo vi.

Parecía imposible, pero allí estaba. Acababa de pasar ante mis ojos, andando presuroso por la acera, al otro lado del cristal que me separaba de la calle.

Rápidamente, pagué mi consumición, cogí mi libro (mi libro, nunca mejor dicho) y salí tras él.

Juan Amador, el hombre al que yo había venido siguiendo desde Zaragoza, se alejaba rambla adelante a buen paso, inconfundible con su melena entrecana al viento. ¿Suerte? Desde luego que había tenido suerte. Pero nadie puede negar que la fortuna también cuenta, y mucho, en mi profesión.

En un primer momento, pensé que Amador iría de regreso al hotel; sin embargo, lo seguí a prudente distancia, protegido por la noche, hasta la puerta de una sucursal de Caixabank situada muy cerca de allí, ante la que se detuvo en actitud de espera. Yo crucé al andador central para observarlo en la distancia.

Cinco minutos más tarde, salió del interior de la oficina bancaria una mujer más joven que él, morena, menuda, moderadamente atractiva. Al menos, así me lo pareció a aquella distancia. Ambos se besaron larga y apasionadamente, como lo harían dos amantes que llevasen tiempo sin verse y, luego, tomados de la mano, echaron a andar paseo arriba, sonrientes, resplandecientes, con apariencia de felicidad.

Bien. A veces sucede. En ocasiones, la vida es tan simple como la imaginamos, tan sencilla como una cartilla escolar.

La esposa de Amador, Amelia Monterio, sospechaba que su marido la engañaba con otra y me había encarga-

do conseguir pruebas de su infidelidad; y allí las tenía, al alcance de la mano. Sospecha confirmada. Caso resuelto. Capítulo cerrado.

Solo necesitaba inmortalizar digitalmente mi descubrimiento y entregar las fotografías a mi cliente para cobrar los honorarios convenidos. Y fin.

Saqué del bolsillo de la gabardina mi *smartphone*, un aparato de alta gama y precio casi obscuro, que había elegido exclusivamente porque disponía de una magnífica cámara fotográfica a la que, además, se podía dotar de lentes adicionales. Me permitía hacer fotos buenisimas, grabar vídeos con una calidad de la leche y reproducir sonido en alta fidelidad. Supongo que también serviría para hablar por teléfono y enviar mensajitos, pero eso era algo que yo no había podido comprobar todavía. Hacía muchos meses que no tenía nadie a quien llamar.

La pareja de tórtolos abandonó la rambla tras caminar por ella un centenar de metros y se dirigió, por una calle paralela, hasta la escuela municipal de música, frente a cuya puerta una docena de personas aguardaban la salida de los alumnos. Ahí entreví la posibilidad de fotografiarlos. Apoyados en la fachada de la casa contigua, Amador y la chica se prodigaban abundantes carantoñas, ajenos a todo. Desde la acera contraria, simulando responder a unos mensajes con mi superteléfono, les hice varias tomas con teleobjetivo e incluso les grabé un par de minutos de vídeo que no dejaban espacio a la menor duda sobre su apasionada relación.

Era más que suficiente. En ese instante, podía haber dado por concluido mi trabajo y regresado a mi hotel.

Sin embargo, esa curiosidad tan propia de los detectives y de los porteros de fincas urbanas me mantuvo allí, cobijado en la penumbra. Amador y su amante, sin duda, estaban esperando a alguien. Yo quería saber quién era. Y no tuve que aguardar mucho para averiguarlo.

A las ocho en punto, salieron de la escuela en desbandada diversos alumnos con inequívoco aspecto de futuros genios de la música. Entre ellos, un niño de unos doce años, pertrechado con un trombón de varas que, a primera vista, parecía más grande que él.

Sonrió el chico al ver a la pareja; corrió hacia ellos, soltó el instrumento en manos de la mujer y saltó a los brazos de Amador mientras derrochaba muestras de alegría.

Pude oír perfectamente cómo lo llamaba «papá».

Maldita sea..., ¿por qué no me haré caso a mí mismo alguna vez?

A regañadientes, conecté de nuevo la cámara de mi móvil.

Amador, la mujer y el niño, cogidos de las manos y en animada charla, echaron a andar desde allí aproximadamente en dirección a la estación de Renfe hasta que, a medio camino, en la calle de Sant Miquel, se detuvieron ante el portal de un modesto bloque de pisos de cuatro alturas. Él sacó un llavero del bolsillo, abrió la puerta y los tres pasaron adentro.

Anocheceía.

Dejé de grabar. Permanecí inmóvil, aturdido; enojado con Amador, como si yo mismo hubiese sido la víctima del engaño y no Amelia, mi clienta, a la que ahora tendría que explicarle que su marido no tenía en Tarragona una mera aventura amorosa, sino, al parecer, algo mucho más

complicado. Tan complicado como que, posiblemente, la aventura de su marido era ella y no la otra.

Un minuto más tarde, se iluminó una de las ventanas del tercer piso. La familia Amador, versión Tarragona, ya estaba en casa.

Durante un rato, caminé lentamente por la acera de los nones de la calle Sant Miquel, arriba y abajo, hasta que llegué al convencimiento de que esa noche ya no saldrían. Por eso Amador había deshecho la cama del hotel y simulado haberse duchado. Cuando los empleados del Imperial Tarraco entrasen al día siguiente para arreglar su habitación, parecería que había pasado allí la noche. Seguro que no era la primera vez que empleaba un truco semejante.

Diez minutos después, una vecina del inmueble, en chándal y zapatillas de felpa, apareció en el portal con una bolsa de basura que depositó en el contenedor situado unos metros calle abajo. Aproveché su regreso para colarme en el interior del zaguán.

Me dirigí a los buzones y fui leyendo los rotulitos. Suponía que Amador utilizaría un nombre falso,, pero pronto descubrí que no era así. El buzón del 3.º C exhibía una plaquita marrón con las letras en blanco:

JUAN AMADOR CORELLA
EUGENIA BARBÓN SÁNCHEZ
ORIOLO AMADOR BARBÓN

Bien. A veces sucede. En ocasiones, la vida no es tan simple como la imaginamos y puede resultar tan sorprendente y compleja como el contenido de la *Enciclopedia Británica*.

Parecido razonable

Cuando regresé al hotel, con un regusto amargo en las encías, había cambiado el turno en recepción. Ahora, tras el mostrador, había un joven negro con el pelo teñido de rubio dorado.

Sin embargo, Burrull me estaba esperando, sentado en uno de los sillones del vestíbulo, ya vestido de paisano. Se levantó como impulsado por un muelle en cuanto me vio entrar.

—¡Ha venido, señor Escartín! —exclamó entusiasmado, sin preámbulo alguno—. ¡Ha venido!

—¿Cómo dices? ¿Quién ha venido?

—¿Quién va a ser? ¡Lalana, el escritor! Se ha presentado a última hora de la tarde, sin reserva. Se queda dos noches. Está en la habitación quinientos dos.

Durante unos segundos, permanecí en silencio, no-queado y con la boca abierta, procesando la información.

—¡Atiza! —exclamé después, incapaz de encontrar en mi vocabulario nada más ingenioso.

—He pensado que debía usted saberlo —continuó Burrull en tono de confidente policial—, por si quiere conocerlo en persona. Por cierto, ya veo que se ha comprado uno de sus libros.

—¿Eh? ¡Ah! Sí, sí... —dije, mirando de reojo el ejemplar de *El asunto Galindo* que asomaba por el bolsillo de mi gabardina.

38 —Ha dejado orden de que lo despertemos a las siete y media de la mañana —siguió informando Burrull—. Eso significa que bajará a desayunar hacia las ocho.

–Ah, bien... muy bien. Gracias por la información, amigo.
–Si no quiere nada más, me voy a casa. Mi turno terminó hace ya rato y estoy deseando descansar.
–Claro, sí... ¡No, un momento! Solo una cosa más.
–Usted dirá.
–¿Cómo es?
–¿El qué?
–El escritor. ¿Qué aspecto tiene?
Burrull frunció el ceño.
–Ah. Pues... No sé qué decirle... Un tipo corriente, de su misma estatura y... –se separó un paso de mí y me miró de arriba abajo–. Lo cierto es que, ahora que lo pienso..., se parece bastante a usted.